

# EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 24. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 17 DE JUNIO DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO X. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

## REVISTA DE LA SEMANA.



quisiéramos poder dar idea á nuestros lectores del afán y el creciente interés con que se reciben y comentan las noticias del Pacífico, pues solo así lograríamos que se reflexasen en nuestra revista el movimiento y la entusiasta agitación de la semana última.

Como se pudo presumir, atendida la

procedencia de los primeros detalles que se recibieron en Europa, los sucesos del Callao han sido mas brillantes y menos costosos para España, que lo que prudentemente debía esperarse de una tan arriesgada y difícil empresa.

La lectura de los partes oficiales, ha dado ocasion en ambas Cámaras á escenas de entusiasmo, imposibles de describir. Suspendingas por un momento las mas empeñadas y ardientes discusiones, depuestas en aras del patriotismo y de un elevado sentimiento de orgullo nacional las diferencias políticas que los separan, los representantes del pais, se han mostrado unánimes en su deseo de significar la admiracion que en todos produce la conducta de nuestra valiente escuadra del Pacífico y del esforzado jefe que la dirige.

Varias son las proposiciones que con este objeto se han presentado en los cuerpos colegisladores, dando lugar á que algunos de nuestros hombres políticos mas caracterizados, pronunciasen breves y elocuentes discursos que el público que ocupaba las tribunas acogió á su vez con significativas muestras de aplauso. En las provincias si hemos de juzgar por los partes

telegráficos que continuamente se reciben, tambien han producido inmensa sensacion tan satisfactorias nuevas. Las corporaciones municipales se apresuran á felicitar á los valientes marineros españoles por su comportamiento en el Callao: en algunos puntos la alegría popular se ha manifestado por medio de ruidosas y públicas aclamaciones. Verdaderamente el suceso tiene mas importancia de la que á primera vista se le concedió.

El triunfo de España sobre las repúblicas aliadas del Perú y Chile, marca el principio de una era de prosperidad y de gloria para nuestro pais que difícilmente podrán desconocer sus mas tenaces detractores. Tener buques, no es tener marina suele decirse, no sin falta de razon. Si los ejércitos de tierra no se improvisan, el personal apto para las luchas de los mares mucho menos. El ejemplo de las fragatas *Huascar* é *Independencia*, magníficos buques blindados adquiridos por el Perú á fuerza de los mayores sacrificios, y que sin embargo, les son casi inútiles por falta de gente práctica que los dirijan, viene á confirmar la opinion general sobre este asunto. Rotas por un momento las gloriosas tradiciones de nuestra marina nacional por el miserable estado á que vino en época no muy lejana, no solo en las apartadas regiones donde sostenemos la guerra, sino en los paises que mas exacta noticia podrían tener de nuestras cosas dudábase aun que fuera una verdad su restablecimiento.

Unos construidos en nuestros arsenales, otros en los de Francia é Inglaterra, poco á poco iba poblándose el mar con buques en cuyos altos mástiles ondeaba la bandera española. De año en año la estadística arrojaba un sensible aumento en las fuerzas navales del pais, que, caido al mas inconcebible estado de postracion, habi ocupado no obstante uno de los primeros puestos entre las potencias que se llamaban dueñas del Océano. Pero, tener buques no es tener marina, seguian repitiendo los que ven con disgusto á España levantarse gradualmente á la altura á que está llamada por sus condiciones, por su posicion y su historia. Los esforzados campeones de la honra nacional que á las órdenes del bizarro y entendido jefe señor Mendez Nuñez, lavan en estos momentos con sangre enemiga el ultraje inferido á su bandera, están dando con su conducta y sus heroicos hechos cumplida respuesta á los que persisten en abrigar semejantes dudas.

El sufrimiento y la constancia que hacen sobrellevar con alegría y entusiasmo las mas duras fatigas de tan rudo y trabajado ejercicio: la pericia y el saber que le dan el dominio del temible elemento en que vive: la serenidad y el valor que prestan ánimo para arriesgarse en las mas difíciles empresas. Hé aquí las grandes cualidades que constituyen un buen marino.

De todas y de cada una de ellas han hecho alarde nuestros hermanos, á los ojos del mundo. La *Numancia* resolviendo el problema náutico planteado á propósito de la dificultad de conducir una embarcacion blindada á tan remotas regiones, y la *Blanca* y la *Villa de Madrid*, maniobrando bajo el fuego de los cañones enemigos y con la sola ayuda de la carta marina por entre los peligrosos bajios y escollos del puerto de Abtao en Chiloe, han dado una prueba irrefutable de su práctica y sus grandes conocimientos.

En el rescate de la barca *Heredia*, hecho por una goleta en medio de un puerto enemigo, á la presencia de sus buques y de sus fuertes; en el combate de Chiloe, el bombardeo de Valparaiso y por último el ataque del Callao donde desdeñando todo género de ventajas, han arrostrado nuestros marineros durante un dia entero los disparos de mas de setenta cañones monstruos hasta lograr apagar sus fuegos, hechar á pique los monitores y destruir gran parte de la ciudad, han ofrecido el mas notable ejemplo de valor y arrojo.

Durante cuatro años consecutivos de estar en pie de guerra; cuatro años de sufrimientos y privaciones, en cuyo trascurso han carecido á veces de lo mas necesario, teniendo que recurrir al ingenio á un trabajo ímprobo y una habilidad prodigiosa para reparar todos los desperfectos y averías propios de tan larga y peligrosa navegacion, han hecho por último evidente las prendas de carácter que les adornan, la admirable disciplina á que se sujetan y la satisfaccion y el entusiasmo con que saben sobrellevar los mas rudos trabajos por servir á la patria, que funda en ellos su esperanza y su orgullo.

Esta justicia, que no han podido menos de hacerles los hombres y las publicaciones mas notables del extranjero, rectificará debidamente la errónea idea que acerca de nuestra verdadera significacion se quiere hacer valer por los enemigos de las glorias de España. Tenemos, pues, buques y tenemos marina, porque nuestras costas dan de sobra gente de mar avezada á sus luchas y contamos con bravos y entendidos oficiales que

los dirijan. Esto es lo que importaba demostrar y esto es lo que hemos demostrado en la primera ocasion en que nuestra escuadra ha podido hacerlo.

Hé aquí la razon por qué nosotros damos á los sucesos del Callao grande importancia y encontramos justificadas las muestras de alegría y de entusiasmo con que el pais acoge las nuevas que se relacionan con el mismo asunto. Es por otra parte tan raro ver acordes en un punto todos los deseos, los votos y las esperanzas de las diferentes fracciones políticas en que nos encontramos subdivididos; se presentan tan escasas coyunturas de recordar que por cima de nuestras pequeñas discordias, nuestras luchas de intereses de vanidad ó de preocupacion, hay un alto sentimiento de patriotismo, que en ocasiones solemnes, se sobrepone á todo y todo lo une y lo armoniza para el logro de la idea nacional, que aunque la guerra que sostenemos en aquellas distantes regiones solo sirviese para fortificar estos lazos comunes de amor á la patria; levantando, siquiera por momentos, el espíritu público y apartándole de mezquinas luchas, podríamos dar por bien y gloriosamente empleados los costosos sacrificios y la generosa y noble sangre que nos cuesta.

¡Sirva de consuelo á los que lloran sensibles pérdidas, el tributo de admiracion con que sus conciudadanos premian el heroico comportamiento de las víctimas, y la idea de que esa sangre no se ha ofrecido en holocausto ante el mezquino altar de los personales intereses de partido, sino ante el ara santa de la patria que se apresta á recompensar sus hechos y á perpetuar su memoria!

Embebidos durante la semana última en analizar, comentar y discutir las noticias del Callao, la cuestion de la guerra austro-pruso-italiana nos ha preocupado poco. Verdad es que la cuestion no adelanta mucho y no adelantando le sucede lo que á las situaciones muy criticas y tirantes en la escena, que en prolongándolas mas de lo justo, pierden todo su interés y acaban por aburrir á los espectadores. Y eso que movimientos, marchas y contramarchas diplomáticas y guerreras de importantes personajes no han faltado en estos dias. Por el pronto Austria y Prusia, han retirado respectivamente sus embajadores de las cortes de Viena y Berlin: Garibaldi ha salido de Caprera y recorre triunfalmente las ciudades de Italia reclutando voluntarios, mientras que el general Manteuffel, jefe de las fuerzas prusianas, resuelve por sí y ante sí la peliaguda cuestion, origen de tantos conflictos, estableciendo un nuevo gobierno en los ducados holsteineses. Pero el suceso que reclama para sí, los honores del interés y la atencion de Europa en todo este asunto, es la lectura de la carta que Napoleon ha dirigido á su ministro de Negocios Extranjeros, y de la cual éste ha dado conocimiento á la Cámara legislativa.

A vueltas de frases ambiguas, que nadie ha podido esplicarse de una manera satisfactoria, Napoleon declara en ella que uno de sus intereses permanentes, ó mejor dicho, uno de los compromisos de honor de la Francia, es mantener el edificio cuyos cimientos se amasaron con la sangre de Solferino y Magenta.

El párrafo en que se alude á la cuestion vital en estos significativos términos, es el alma de la carta y constituyen todo lo que pudiéramos llamar el busilis del negocio. Respecto á si quiere ó no quiere las fronteras del Rhin, el hábil diplomático de las Tullerías arma un enredo de frases, que como en otro documento por el estilo, no nos proporcione la solucion no hay quien acierte á descifrar la charada.

Reasumiendo: en una de las semanas anteriores dejamos apuntados los cañones de las partes contendientes. Durante esta última se han encendido las mechas. ¿Dispararán en la próxima? Mucho lo dudamos todavía.

Entre tanto la clausura de los teatros y los continuos fiascos que los artistas y el temporal, puestos en combinacion para echar á pique la empresa de los Campos Eliseos, proporcionan al público, nos impiden entretejer á nuestros lectores con noticias mas agradables y ligeras.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

## APARATO ELECTRO-TELEGRAFICO

DE BONNET.

Colocada por Marshall al mediar el siglo XIII la primera piedra del suntuoso altar que mas tarde habia de levantarse para la electricidad en el sagrado templo de la ciencia, proseguida la obra por Amjure en 1820, y casi llevada á su fin por Wheatstone en Londres, y Steinheil en Munich el año 1837, natural era que se eslabonase con el trabajo de unos y otros la curiosidad y el estudio de los sabios y la admiracion de todos.

Tal como el grano diminuto de mostaza, que arrojado en buena tierra se convierte en un árbol gigante, las ideas de Marshall, reducidas en su tiempo á vivir la vida fantástica de un ensueño maravilloso, han producido en menos de un siglo el hoy vigoroso árbol de la telegrafia eléctrica; descubrimiento colosal que pasma y bastaria por sí solo para iluminar con el sol

de la gloria las páginas de toda la ciencia de la humanidad.

Lo que ayer se envolvía en el misterio, como las revelaciones de los antiguos oráculos, hoy es palpable verdad, tanto en las grandes poblaciones como en los pueblos y en las aldeas. Tupida red de alambres extendida sobre la tierra y entre las líquidas entrañas de los mares, poniendo en contacto los opuestos polos, arrastra con la velocidad del pensamiento al pensamiento mismo, espresándole con el lenguaje sublime del rayo; genio poderoso que obedeciendo al conjuro de la sabiduría, gime bajo la planta del hombre y soporta las cadenas de la esclavitud.

Larga sería nuestra tarea si hubiésemos de seguir paso á paso las que median entre el nacimiento y la virilidad de la telegrafia eléctrica, á pesar de separarles un punto casi imperceptible, y solo conseguiríamos repetir letra por letra y palabra por palabra, lo que con la competencia que nosotros no tenemos, han dicho Blavier, Des Moncel y otros autores respetables.

Razones son estas que nos hacen pasar por alto sobre lo que puede llamarse historia de la telegrafia, y entrar á ocuparnos del aparato escritor de nuestro joven compatriota el señor Bonnet, que forma una cuestion de actualidad, sin detenernos mas que en algunas ligeras observaciones, necesarias para el fin que nos proponemos.

Cinco son las clases de aparatos electro-telegráficos conocidos hasta el dia: de agujas, de cuadrante, escritores, impresores y autógrafos.

En las oficinas de ferrocarril se usa generalmente el de cuadrante de Bréguet: en las demás el de agujas de Wheatstone, y sobre todo el escritor de Morse. Entre los impresores llama notablemente nuestra atencion el de Hughes, y entre los autógrafos el Caselli, usado hoy en alguna línea del vecino imperio.

El Wheatstone y Bréguet se recomiendan, aquel por la rapidez con que se transmiten las señales, y éste por la sencillez que le hace susceptible de ser manejado casi por un niño; pero ni en uno ni en otro queda rastro de la trasmision: el Morse posee la propiedad de marcar en un papel-cinta los puntos y rayas que combinados en una sola línea, representan las letras del alfabeto y los números dígitos; pero necesitando las rayas triple espacio de tiempo que los puntos, y tomando aquellos una parte tan activa como estos en las combinaciones, le hace inferior en velocidad á los anteriores: el Huges arroja los despachos impresos; pero estando todos los aparatos sujetos á sufrir alteraciones segun el mejor ó peor estado de la línea, ninguno menos que el que nos ocupa puede hacer frente á los cruzamientos, derivaciones y demás averías, porque resultarían impresiones ilegibles por la falta parcial ó total de las letras ó sílabas de las palabras: el Caselli reproduce lo que puede llamarse una fotografía del escrito ó dibujo que se trasmite; pero además de necesitar una línea especialísima y grandes conocimientos en el empleo del aparato, éste tiene un costo exorbitante comparado con todos los demás.

El escritor de Bonnet reúne á la velocidad del Wheatstone la condicion de dejar en un papel-cinta las señales transmitidas, como el Morse, que consisten en dos líneas paralelas de puntos combinados de una manera análoga á los aparatos y rayas del escritor del sabio americano; por consiguiente, posee las dos propiedades mas notables que vemos separadas en los aparatos Morse y Wheatstone, y además, como éstos, puede usarse con líneas ordinarias.

Vamos á describir, aunque mas sucintamente de lo que merece y deseáramos el aparato Bonnet.

Se compone de un electro-imán con dos bobinas formando ángulo recto. El hierro dulce interior sobresale por ambos extremos unos seis ú ocho milímetros. Sobre cada uno de estos extremos, hay suspendida de un eje, una herradura de acero imantada, cuyos polos abrazan los extremos del hierro dulce, dejando entre cada uno de ellos y éstos un espacio de dos milímetros. Una de las herraduras lleva en ambos lados un pequeño tope de metal, cada uno de éstos se apoya en una de las estremidades de dos palancas, tambien de metal, y que en la opuesta terminan en un disco metálico que gira sobre su centro. Estos discos, que están paralelos y á distancia de cuatro milímetros, descansan sobre un rodillo cuyo eje engrana en el rodaje de un movimiento de relojería, igual á los usados en el aparato Morse para arrastrar la cinta en que se ha de verificar la impresion. Debajo del rodillo hay un depósito de tinta en que se impregna dicho rodillo cuando se pone en rotacion. La cinta de papel es arrastrada por un mecanismo análogo al del Morse. Puesto en libertad el volante del movimiento de relojería, la cinta va pasando por encima de los discos á distancia de un milímetro. Si entonces se hace pasar por el electro-imán una corriente positiva, éste atraerá uno de los polos de la herradura imantada y rechazará el otro. El polo atraído hará bajar la cola de la palanca correspondiente, y el disco que tiene en el otro extremo se levantará hasta tocar en la cinta, quedando en ésta una señal de tinta.

Si la corriente es negativa, la herradura será atraída en sentido inverso, y entonces será el disco de la otra palanca el que marcará la señal en la cinta. Por consiguiente, transmitiendo corrientes momentáneas,

positivas ó negativas, la cinta quedará marcada con dos líneas paralelas de puntos.

El inventor ha propuesto se haga uso del alfabeto Morse suponiendo que los puntos inferiores sean los puntos y los superiores las rayas.

La herradura que va en el otro extremo del electro-imán está montada en las mismas condiciones que la del polo opuesto; pero elevando, en vez de toques, en la parte superior un vástago vertical, en una bolita de metal en el extremo.

Esta bolita viene á quedar colocada entre dos timbres de distinto sonido.

Cuando la bolita es atraída en un sentido, choca contra uno de los timbres, y, cuando es en sentido inverso, contra el otro. De modo que cada punto que se imprime en la cinta, va acompañado de un golpe de timbre. Si el punto es inferior el golpe es agudo; si superior, grave. Así un telegrafista práctico puede recibir un despacho por el sonido de los timbres, sin el auxilio de la impresion.

El manipulador de este aparato tiene cierta analogía con el Wheatstone.

Añadiremos algunas líneas para concluir este artículo.

Hace algun tiempo que una de las comunicaciones telegráficas entre Madrid y Valladolid está servida por el aparato Bonnet.

A pesar del neofitismo de los funcionarios encargados del nuevo sistema; á pesar de no sacarse de éste la mitad del partido posible, por que para ello son indispensables dos empleados en cada aparato; y á pesar de las contrariedades inherentes á toda novedad, el aparato escritor Bonnet funciona con no pequeña ventaja sobre el Morse que mas boga goza en el dia. Si da aquel tales resultados en circunstancias normales, en casos de grandes averías, cuando se inutilizan parte de los hilos y los telegrafistas que les custodian quedan sumergidos en forzosa inaccion; el aparato de nuestro compatriota y amigo es sin duda la panacea del cual, puesto que auxiliando el personal entonces sobrante al que conserva franca la línea, se aprovecharán todas las condiciones de velocidad del nuevo sistema y un solo hilo bastará para dar salida, en un espacio de tiempo determinado, á doble número de telegramas de los que cursan generalmente.

El señor Bonnet ha sacado el privilegio de su invencion que, ó mucho nos equivocamos, ó será bien pronto conocida y apreciada de todos. Nosotros que nos honramos con la sincera amistad del que al reclamar un puesto en el santuario eléctrico, se presenta con la magestuosa investidura del sacerdote; nosotros que, conociendo su carácter, no vacilamos en considerar como las flores magníficas de próximos y sazonados frutos, el que hasta ahora ha sacado de sus vigilias nuestro estudioso amigo; nosotros que podemos apreciar sus levantadas y legítimas aspiraciones, arrojándonos las inmunidades de los profetas, nos atrevemos á decirle con la mano puesta sobre nuestra conciencia.—Trabaja, que tu trabajo es el áncora á que están asidos, para tí, gran honra y gran provecho, y muchos dias de gloria para la patria.

¿Será un eco de la pasion tan halagüeño pronóstico? El tiempo dará sobre él su inexorable fallo, é inútil es decir que le esperamos favorable.

PEDRO MARIA BARRERA.

## REPAROS A UNAS DEMOSTRACIONES

CRÍTICAS.

Número 17.

En el capítulo 43 de la Segunda parte del *Quijote* se da cuenta del famoso pleito de las caperuzas. Un labrador llevó á un sastre un pedazo de paño, y le preguntó si seria bastante para hacerle de él una caperuza: el sastre respondió que sí. Preguntó en seguida el dueño del paño si daría de sí para dos caperuzas, y luego para tres y para cuatro y para cinco: el sastre fue dando á las cinco preguntas la misma respuesta. Poco satisfecho de la obra el económico parroquiano, va á pedir á Sancho Panza justicia, cuando entra de gobernador en la ínsula Barataria, y le dice: «Hágale vuesa merced (al sastre) que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.»

«De buena gana,» respondió el sastre: y sacando encontinentemente la mano de bajo del herruete, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: «hé aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide.»

La edicion primera de Argamasilla trae caperuzas en el penúltimo caso en que se nombran las caperuzas, (1) y al fin del tomo hay esta nota: «Cervantes, que tan admirable y fácilmente lo pintaba todo, no pudo, en mi concepto, omitir una voz que indicase el tamaño de las caperuzas, antes de las palabras puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano. Creo firmemente que escribiría en su original el diminutivo de caperuza, ó que...» etc.

(1) «Cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos.»

Y replica el señor Acosta (MUSEO UNIVERSAL, 22 de enero de 1865):

«No escribiendo Cervantes el diminutivo *caperucias* (de mal gusto, por su sabor á melcocha), ha dado mas gracia y vida á la frase.»

Yo creia que ciertos diminutivos daban gracia á las frases en lugar de quitarla; pero claro es que los de mal gusto no entran en cuenta. Con todo, Cervantes que le tenia excelente, no reparó en salpicar el Quijote y sus demás obras con diminutivos en *ica*: por ejemplo, los de *Belica, Costancica, Cristinica, Juanica, Lorencica, Marica, Preciosica, Sabinica, Sanica, bonica, candelicas, carticas, casica, catalnicas, corridica, gitánica, levadicas, limoznica, medrosica, pajaricas, tajadicas, tonadica* y *risica*. ¡Cuánta melcocha!

Sigue el crítico delicado de gusto:

«¿Qué necesidad tiene (Cervantes) de decirle al lector que las caperuzas son pequeñas, si se las pone á la vista colocadas en las cinco cabezas de los dedos de una mano?»

Nos dirá la necesidad que hay el señor Acosta, en la pregunta y la respuesta siguientes:

«No ha notado el corrector oculta debajo del heruelo del sastre aquella mano, que presentó despues, en el momento preciso en que presentándola pudo producir el mayor efecto en el ánimo de los concurrentes? Pues bien, lo que hizo el sastre con su mano, hizo Cervantes con sus palabras. Haber escrito *caperucias*, hubiera sido sacar el sastre la mano antes de tiempo; escribir *caperuzas* fue sacar la mano el sastre cuando debió sacarla.»

No fue tal. En el momento en que el sastre descubre esa mano, ¿qué es lo que se ve? ¿Se ven caperuzas sin tamaño ninguno, ó con el de las ordinarias, ó con otro? Se ven con el que tienen, el de caperuzas: de muñecos, el de caperuzas que no sirven para cabezas de hombre, sino para cabezas de dedo; se ven cinco *caperuzas pequeñas*, esto es, cinco *caperucias*, ó *caperucillas*, ó *caperucitas*: el aparecer en los dedos no las debe antes privar de sus dimensiones; y si se quiere describir ó pintar la verdad, *caperucias* es lo que se debe escribir, no *caperuzas*. ¿Por qué se figura el señor Acosta que escribiendo el diminutivo pierde el efecto la narracion? Haga la prueba, leyendo ese lance por la edicion de Argamasilla á cualquiera persona que ignore el Quijote; y verá si echa menos las *caperuzas* en la frase que examinamos. Hay necesidad del diminutivo para que haga el autor lo mismo que hizo el sastre: cuando enseñó éste las caperuzas, á nadie engañó respecto de su tamaño: la palabra *caperucias* representa la verdad, y la palabra *caperuzas* engaña; por solo un instante, concedo; pero de ninguna manera conviene retardar la verdad, cuando precisamente se trata de ponerla á la vista con la palabra, como se puso con la accion.

No es esto decir que la palabra *caperuzas* constituya una grave falta; y si estuviera el Quijote mejor impreso, y mereciera completa fe, debería respetarse. Ni yo llevo á mal que otros editores hayan respetado esa y otras que tengo por equivocaciones; ahora, si se quiere que las respete yo, tráiganme el autógrafo de Cervantes, y no habrá necesidad de demostraciones críticas. ¿Escribió el autor *caperuzas* aquí? Reprimamos *caperuzas*; pero no se quiera mostrar una gran belleza donde no la hay. El Quijote, que ofrece muchas á cada paso, no necesita mas de las que prodigamente derramó en él el príncipe de nuestros ingenios. En la edicion grande manchega imprimí: «cinco caperuzas *tamanitas*, puestas en las cinco cabezas de los dedos.»

Parte 2.<sup>a</sup> capítulo 43.

Dice allí Don Quijote á Sancho: «Lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermocean las manos, como si aquel excremento y añadidura fuese uña, siendo antes garras de cernicalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.»

Las ediciones de Argamasilla traen: «como si aquel excedente y añadidura...»

Sobre esto escribe el señor Acosta (MUSEO UNIVERSAL, 26 de marzo de 1865): «En las uñas largas hay que considerar dos cosas: la añadidura, y lo que está contenido en el pie de la añadidura, formando una curva de color negruzco, gris ó amarillento. A esto último es á lo que llama Cervantes excremento.»

Cervantes llama *excrementos* á los que lo son.

Don Quijote, parte 2.<sup>a</sup>, cap. 23. «Los encantados... no comen, ni tienen excrementos mayores...»

Viaje del Parnaso, capítulo 7.<sup>o</sup>

«Unos sus excrementos recozian:» (estiércol del Pegaso.)

En el mismo Viaje, cap. 3.<sup>o</sup>

«Otros de sus señoras celebraban En dulces versos, de la amada boca Los excrementos que por ella echaban,»

Estos son excrementos; el negro de la uña no, por-

que no sale del cuerpo humano, sino que de fuera de él se recoge y asienta entre uña y carne.

«Cervantes, continúa el señor Acosta, *apretó la frase*, para hacer resaltar lo ridículo de tan asqueroso uso; llevado de esta misma idea concluye diciendo: *puerco y extraordinario abuso.*»

Con el fuerte y justo calificativo *puerco* parece que bastaba para condenar esa mala costumbre, mucho mas habiendo ya indicado Cervantes el feo color de las uñas ribeteadas, cuando las calificó de *garras de cernicalo*. Se ha creído que no era de Cervantes la palabra *excremento*, porque no era aquí necesaria ni propia, ni de mejor gusto que el diminutivo *caperucias*.

Parte 2.<sup>a</sup> cap. 20.

El guia que llevó á la cueva de Montesinos á Don Quijote y á Sancho, preguntado por éste si seria Adan el primero que se rascó en la cabeza, le dice: «Adan, no hay duda sino que tuvo *cabeza* y *cabellos*, y siendo esto así... alguna vez se rascaría.»

En la edicion primera de Argamasilla se imprimió «*cabeza, cabellos y manos*;» en la segunda solamente «*cabeza y manos*.» El señor Acosta, para demostrar que no hacia falta mentar las *manos*, replica diciendo con su ordinario chiste (1) que para esto de rascarse Adan, seria tambien necesario que le picara. Segun aquel principio de que para guisar una perdiz, lo primero que se necesita es perdiz que guisar, reconocemos en esta grave cuestion, siguiendo al guia de Don Quijote, que para rascarse en la cabeza hay indispensablemente que tenerla. No se hable de *manos*, porque no se nos burle el señor Acosta; pero preguntemos á cualquier lector con sentido comun si para rascarse en la cabeza es muy necesario tener *cabellos*. Adan calvo ¿no hubiera podido rascarse? La añadidura de las *manos* merece las burlas del señor Acosta; del pegote ridículo de los *cabellos* nada nos dice: ¿como no le ha hecho reparar en él ninguna de esas notas *impertinentes*!... En la edicion primera de Argamasilla se dejó la dccion *cabellos*, por conservar todo lo que habia, sin perjuicio del aditamento que pareció preciso; pero indudablemente está equivocada aquella dccion en lugar de *manos* ó *uñas*, que no dejan de hacer falta para rascarse. Probablemente lo que habria en el original, bien ó mal escrito, seria: «Adan... tuvo *cabeza* y *tuvo uñas*; y siendo esto así...» etc.

Parte 2.<sup>a</sup> cap. 2.<sup>o</sup>

«No hay antecámara de señor donde no se halle un Don Quijote: unos le toman, si otros le dejan; éstos le embisten y aquellos le piden.»

«Estos le *prestan*, y aquellos le *piden*,» imprimí en mis ediciones. Dice el señor Acosta (2) que *embestir* es mas valiente y mas activo que *presar*; pero no manifiesta que se necesite valor para echar mano á un libro como el Quijote. Entonces no estaba impreso el de Argamasilla.

Parte 1.<sup>a</sup>, cap. 7.<sup>o</sup>

Quemados los libros de Don Quijote, le tapiaron la entrada del cuarto donde los tenia: los fué á buscar, y «llegaba á donde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvia los ojos *por todo* sin decir palabra.»

La espresion *por todo*, en vez de *por todas partes*, me pareció un italianismo que Cervantes no usaba en ningun otro lugar de sus obras, y lo varié con el participio del verbo *pasmarse*, imprimiendo en las dos ediciones de Argamasilla: «volvía y revolvia los ojos *pasmado*.» Tropecé despues en *La ilustre Fregona* con estas palabras: «Aquí se canta, allí se reniega, y *por todo* se hurta:» y al fin del tomo puse por nota: «Raro se nos hace que lo cometiera (el italianismo) nuestro autor en el caso presente, á pesar del ejemplo que citamos de *La Fregona*: quien piense de otro modo, tenga por no válido el participio que se ha sustituido aquí á esa extranjera locucion proverbial.»

Quien declara su yerro, y lo corrige además como puede, hace, en mi pobre entender, bastante para que no se lo echen en cara, porque al fin no es grande habilidad notar lo que está ya advertido; pero el señor Acosta necesitaba forzosamente demostrar algo aquí, y el lector verá lo que ha demostrado.

Quizá demostró desde luego ignorar (lo mismo que yo) lo que pudiera haber agravado mi culpa, esto es, que en la parte 2.<sup>a</sup>, cap. 23 del Quijote, le dice Montesinos: «Esta que llaman necesidad á donde quiera se usa y *por todo* se estiende.» En el cap. 18, (Parte primera) dice Sancho Panza: «ni gigante ni caballero parece, *por todo esto*;» pero tal locucion ya no es italianismo.

Pregunta despues el señor Acosta, como llevando á mal que deje al buen juicio del lector decidir acerca de la variante: «Pero, señor, por Dios: ¿estas son enmiendas ó son melones que se dan á cala y cata?»

El mismísimo señor Acosta en la misma página (Párrafo XV), dejaba impreso: «Queda... á los que son

(1) MUSEO UNIVERSAL, 2 de julio de 1865.  
(2) MUSEO UNIVERSAL, 29 de enero de 1865.

capaces de sentir el placer que se percibe al leer un período bien hecho la facultad de admitir ó desechar este reparo.» ¿Seria melon ó seria calabaza el reparo del señor Acosta?

Y luego en el párrafo XVI escribe: «Don Quijote no estaba *pasmado*, sino *asombrado* de ver que allí... no estaba el aposento de sus libros.»

No se dice en todo el capítulo 7.<sup>o</sup> que estuviese Don Quijote ni *pasmado* ni *asombrado*: ¿cómo sabe el señor Acosta que estaba *asombrado*? Como supe yo el *pasmo* de nuestro buen caballero; á no ser que el señor Acosta sepa del Quijote mas que el mismo Cervantes. Por cierto que en el párrafo XV citado afirma el crítico, sin restriccion alguna, que *asombro* y *pasmo* no son sinónimos. Cervantes empero, en el cap. 65 de la Parte 2.<sup>a</sup>, escribe: «Parecióle á Don Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y *asombrado*.... Oyendo lo cual Don Quijote, se le dobló la admiracion y se le acrecentó el *pasmo*.» Parece que *pasmo* y *asombro* venian á ser lo mismo para Cervantes, aunque no lo sean para el señor Acosta, que califica de *impertinentes* ciertas variantes mias. Tal vez no parezca esta demostracion de las mas *pertinentes*.

Basta de impertinencias ya. Dejé, por ahora á lo menos, de proseguir en el exámen de los otros párrafos. Mas agradable para el lector, como lo es para mí, será señalar los aciertos del señor Acosta. Al César lo que es del César.

Todas las ediciones del Don Quijote traen en el capítulo 20 de la Parte 2.<sup>a</sup> este trozo, puesto en boca del Ingenioso Caballero, que contempla con envidia el sueño de Sancho: «¡Oh tú bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duermes digo *otra vez*, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en cuenta: continua vigila celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar tus deudas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia.»

En lugar de *otra vez* se imprimió *una vez* en las ediciones de Argamasilla, con la nota siguiente: «Así escribiría Cervantes, y no *otra vez*... en aquel caso era la primera vez que decía Don Quijote *duermes*, dirigiéndose á Sancho.»

Escribe el señor Acosta en su párrafo 42 (MUSEO UNIVERSAL, 2 de julio de 1865):

«No cabe la menor duda sobre que hay algo que corregir en este pasaje del Quijote, pues efectivamente, no puede decirse *digo otra vez*, cuando se dice por primera vez una cosa... Todo esto puede evitarse con solo poner en el texto *duermes* donde dice *duermes... Duermes, digo otra vez*... es la amplificacion del primer arranque.»

La correccion del señor Acosta es, en mi concepto, felicísima: parece evidente de toda evidencia que eso fue lo que trazó en su manuscrito Miguel de Cervantes, porque eso es lo propio de la situacion y de la cláusula.

(Se continuará.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

DON CARLOS VALCARCEL,

CAPITAN DE NAVIO Y COMANDANTE DE LA FRAGATA «RESOLUCION.»

Continuando la serie de retratos de los jefes de la escuadra española que tan brillantes laureles conquistaron para su pais en las aguas del Pacifico, ofrecemos hoy á nuestros lectores el del capitán de navio don Carlos Valcarcel comandante de la fragata *Resolucion*, y uno de nuestros marinos mas reputados por sus cualidades de inteligencia y bizarría.

El señor Valcarcel, natural de la villa de Mula en la provincia de Murcia, cuenta veintinueve años de distinguidos servicios en el cuerpo general de la Armada, habiendo mandado varios buques y entre ellos los bergantines *Isabel I* y *Esipion*. En el mando de estos buques, en las delicadas comisiones que le ha coniado el gobierno y los hechos de armas en que ha tomado parte durante su carrera, ha merecido grandes pruebas de distincion por parte de sus jefes, siendo condecorado con varias cruces que atestiguan sus servicios y sus méritos.

En la guerra que sostenemos con las repúblicas de Chile y el Perú, ha tomado una parte muy activa mandando la fragata *Resolucion*. Al recibir las primeras nuevas del Callao se dijo que habia muerto en el combate: por fortuna para su pais á quien no dudamos dará aun dias de gloria, la noticia ha salido falsa.

BOMBARDEO DEL CALLAO.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto la siguiente relacion de los sucesos del Callao, escrita por uno de nuestros valientes oficiales de marina, testigo presencial de tan glorioso hecho de armas.

Para el próximo número estamos disponiendo una vista del Callao y de la escuadra española, en uno de los momentos de la acción, con arreglo á un croquis remitido del teatro de la guerra.

Callao 8 de mayo, á bordo de la «Blanca.»

Querido tío: tomo la pluma para darle parte del hecho mas grandioso llevado á cabo por todas las marinas modernas, y digo modernas por no haberse verificado ningun bombardeo de plaza como el Callao por buques semejantes á los nuestros ni en la guerra tan decantada de los Estados-Únidos. El día 2 de mayo, día de recuerdos gloriosos para todo español, habiendo espirado el plazo de cuatro dias concedidos á los neutrales para poner en salvo sus vidas é intereses, nos pusimos en movimiento desde San Lorenzo, distante cinco millas del Callao, en direccion de las fortificaciones de la plaza. Una division compuesta de la *Numancia*, *Blanca* y *Resolucion*, era la encargada de destruir las fortificaciones del Sur de la plaza, que consistian en ocho cañones de 16 centímetros rayados en la batería Sur; dos monstruos de á 500 montados en una torre blindada de hierro de 4 1/2 pulgadas, y la batería de Santa Rosa enterrada con 34 cañones de á 68, y 32 lisos y cuatro monstruos, de los cuales dos como los anteriores y los restantes Armstrong de á 300.

La *Berenguela*, *Villa* y *Almansa*, con la goleta se encargaron de las del Norte artilladas con 4 Blekley de á 500, dos Armstrong de á 300; dos de los primeros montados en torre como la del Sur; 10 de á 32 y 20 de á 68.

A las doce y cinco minutos despues de leida la proclama del brigadier con indecible entusiasmo y á tiro de cañon rompimos el fuego sobre las baterias, contestando éstas con el imponente ruido de los disparos de sus monstruos. La *Blanca* con su bizarro comandante, estuvo admirable batiéndose casi á tiro de pistola de la torre Sur, teniendo la satisfaccion de verla volar á los veinte ó treinta minutos de entrar en fuego á causa de una granada de á 68 que tuvo la oportunidad de meterse por la azotea y dar fuego á las cargas de á 500 de aquellos angelitos. El ministro de la Guerra señor Galvez, el ingeniero señor Borda, estado mayor y los sirvientes de las dos piezas, salieron despedidos por los aires



DON CARLOS VALCARCEL, CAPITAN DE NAVIO Y COMANDANTE DE LA FRAGATA «RESOLUCION.»

completamente tostados. La batería del Sur servida por oficiales de la anterior administracion, al ver que una porcion de ellos quedaban tendidos, juzgaron prudente suspender el fuego por falta de gente.

En seguida continuamos hácia Santa Rosa, que contestaba con un fuego nutridísimo á nuestras descargas; entonces tuvimos la desgracia de perder 8 hombres y unos 28 heridos. Agotadas casi nuestras municiones

llazos de la bitácora de la *Numancia*; á nuestro comandante don Juan Topete, en el brazo, por un pedazo de carabina despedida por una bala, y que se le introdujo hasta el hueso, y un guardia marina tambien de este buque, Llopis, de un astillazo en la pierna derecha. Dos guardias marinas están los pobres incluidos en el número de los primeros, y yacen enterrados en San Lorenzo.

nos retiramos del fuego á socorrer á la *Berenguela* que toda escorada se ponía en demanda de socorro á causa de haber recibido un balazo á flor de agua con proyectil de á 500 que le abrió un boquete de 13 pies habiendo estado en un tris no hubiese ido á pique.

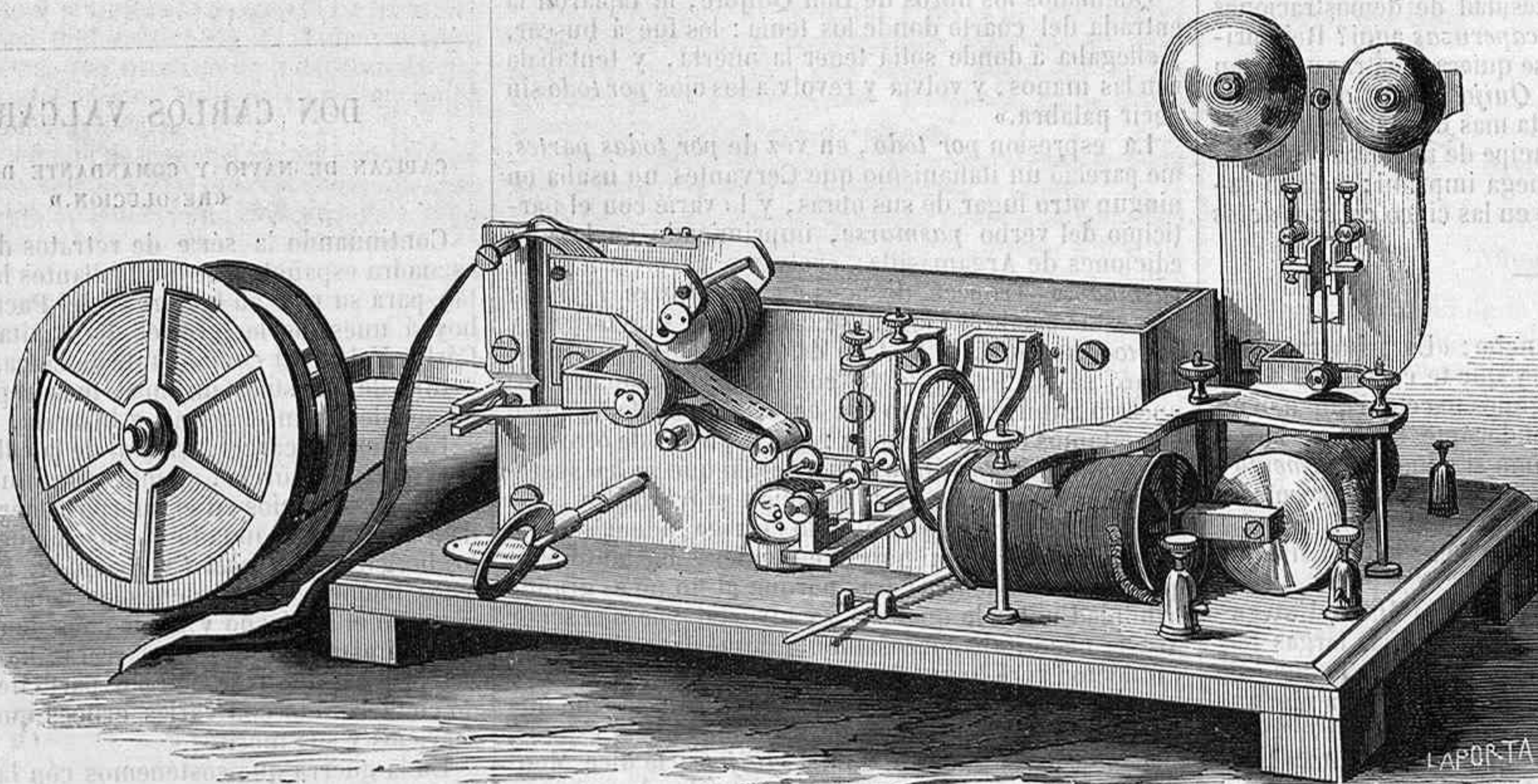
La *Villa* tambien recibió otro balazo que le dejó la máquina inútil y quedaron solo en fuego la *Almansa*, *Vencedora*, *Numancia* y *Resolucion*, pues nosotros volvimos á entrar en fuego, pero fue para disparar unos pocos cartuchos, quedándonos con dos por pieza para un caso estremo.

A las cinco la *Numancia* al ver que nadie contestaba á nuestros cañones dió tres vivas á la reina e hizo la señal de suspender el fuego y tomar el fondeadero, movimiento que fue observado por los peruanos é hicieron tres disparos con los tres únicos cañones que les quedaban hábiles para disparar, como dando á entender que querian disputar el triunfo.

Hemos lanzado un sinnúmero de balas sobre la poblacion, habiendo conseguido por tres veces incendiarla con nuestras granadas, pero la flojedad de la brisa que reinaba y el sinnúmero de bomberos que tenian dispuestos estorbaron que se propagase, teniendo la seguridad de otro modo de no haber dejado mas que escombros.

Es indecible el entusiasmo que reinaba en las tripulaciones y las escuadras, americana, francesa é inglesa, las cuales daban repetidos hurras á la *Blanca*, cuando ésta voló la torre con el desgraciado Galvez, que tanta guerra nos ha hecho.

La *Almansa* continuó batiéndose con fuego en el antepañol de pólvora, producido por la explosion de una granada monstruosa de á 500; tiene una coleccion de balas de todos calibres. Hemos perdido unos 43 hombres y heridos 110. Entre estos últimos tenemos la desgracia de contar al valiente don Castro, nuestro brigadier, con diez heridas de astillazos



APARATO ELECTRO-TELEGRÁFICO DE BONNET.

Por parte de los peruanos, segun ellos mismos confiesan, han tenido de 300 á 400 bajas, siendo de notar la cáfila de coroneles á quienes tocó una píldora.

Creí no podria escribir á usted estos pormenores, por haber dado de pronto la órden de que mañana á la una han de estar las cartas en la capitana, y que por la noche nos vamos *Numancia*, *Berenguela* y goleta á Filipinas, y los demás, segun mandato del gobierno, á Rio Janeiro á esperar órdenes.

La otra noche nos lanzaron un torpedo, habiendo tenido la suerte de romperle de un balazo de cañon el aparato para dar fuego; el hombre que conducia el vaporcito, se supone se haya ido nadando á San Lorenzo.

Todos los buques están listos ya para emprender el viaje; sospecho que pronto nos veremos.

La *Numancia* tuvo un balazo de á 500 que le atravesó el blindaje á flor de agua y el costado de 20 pul-

gadas, rechazando el casco el proyectil. La *Almansa* 67 balazos y nosotros unos 20, y eso que en tierra decian que probablemente nos iriamos á pique por haberse aproximado el bizarro Topete á tiro de pistola de la batería.

Creo que por mucho que los peruanos traten de ocultar la importancia de sus pérdidas, no podrán ocultar del todo la derrota que han sufrido.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES ESTRANJERAS,

HECHOS BAJO UN PUNTO DE VISTA NACIONAL.

(CONCLUSION.)

El *Círculo de la rue Royale*, que también se conoce con el nombre de *moutards* ó *bébés*, (niños de teta) debe este nombre á que en él domina el elemento joven de la aristocracia.

Es como una sucursal del *Jockey*, y ha funcionado ya una vez con éste.

El duque de Frias pertenece á este círculo.

El círculo *Agrícola* está compuesto en su mayoría de grandes propietarios territoriales. Es una sociedad muy respetable y de las que mas se asemejan á los grandes círculos ingleses.

El *Imperial* lo frecuentan los altos funcionarios oficiales y los allegados á la corte de Napoleon III.

Vive desdeñado del *Jockey* y envidiándolo.

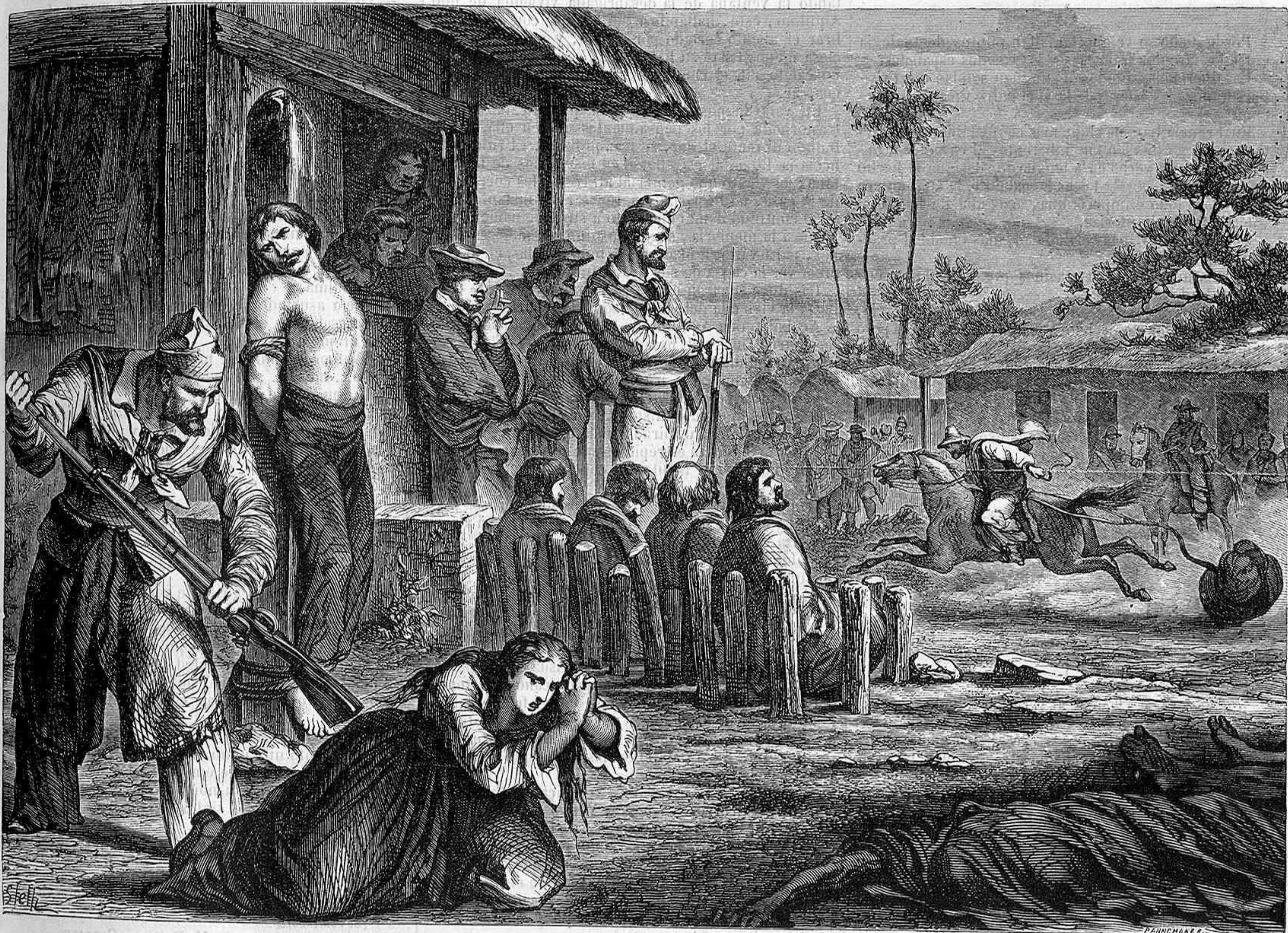
Su instalacion es confortable; pero dista mucho de la suntuosidad del *Jockey*, que sin embargo de no haber llegado al fausto sólido de los clubs británicos, los cuales son propietarios de los palacios que habitan, se halla instalado en una casa lujosa, arreglada para

su uso, situada al lado de la Nueva Opera y por cuyo alquiler satisface al año 100,000 francos.

El de los *Caminos de Hierro*, es la reunion de la alta banca. Goza de excelente reputacion y está muy bien concurrido.

El de la *Union Artística* se fundó, como su nombre indica, para fomentar la intimidad entre sus socios con las cosas del arte y sus intérpretes.

En él se dan de cuando en cuando sesiones literarias, filarmónicas, etc.; pero ha degenerado de su primitivo objeto por el juego desenfrenado que en él



DESGRACIAS DE LA SEÑORA LIBARONA.—VÍCTIMAS DE IBARRA.

se ha instalado y que ha dado lugar á grandes escándalos.

Hoy es un refugio para los elegantes de segundo orden, que aunque mas ó menos ricos, no pueden lograr ser admitidos en el *Jockey*.

Muchos de los individuos de este concurren á la *Union Artística*, que se llama también *Mirlitons*, atraídos por el faraon y el baccarat.

Es un casino de esos á que se concurre; pero sin hacer gala de ello.

El de *Ambos Mundos*, es un círculo compuesto en gran parte de americanos y españoles. Está bien instalado y se distingue por las grandes sumas que se atraviesan en sus partidas.

El de *Grammont-Saint-Hubert* es un casino modesto. La sociedad es escogida; pero sin pretensiones. El interior es cómodo y espacioso. Su director-propietario es una persona de una amenidad perfecta.

Cuenta este círculo veinte y nueve años de existencia. El juego en sus salones es moderado.

El *Sporting* es una sociedad creada para sesion de Bolsa á las apuestas considerables que se cruzan en carreras de caballos; pero que se ha convertido poco á poco su casino al amor del juego y de las operaciones aleatorias.

Largamente expliqué en el artículo *Sport* la manera de funcionar de esta sociedad, por lo cual no diré hoy sobre ella, sino que es un círculo de segundo orden bastante concurrido.

Tras estos casinos, París encierra otros varios mas subalternos, de los que nada interesante hay que decir.

El método de admision en todos ellos es semejante al que se usa en los nuestros; la diferencia consiste en la severidad, mejor dicho en el rigor del escrutinio, que mas que la honorabilidad de los candidatos pesa las simpatias que inspiran. En los tres ó cuatro primeros círculos esta mania de rechazar á la mayoría de los aspirantes, no es sino una impertinencia propia del carácter de sus socios, que todo lo sacrifican al deseo de darse tono é importancia.

Para ellos rehusar á una persona distinguida y de cierto valor es dar á entender que valen mas que ella, cuando en resumen solo indica gratuita grosería.

El juego es el alma de estas asociaciones. En todas ellas se atraviesan gruesas sumas sobre el tapete verde y como está admitido el jugar sobre palabra, no pasa año sin que en el arrebató de la pérdida se consume la ruina de varios miembros.

Esta costumbre de jugar sobre palabra es lo mas peligroso que puede darse. Merced á ella los socios de los casinos parisienses están espuestos no solo á perder su fortuna sino su honra. Cuando se juega á descuberto se va mas allá de lo que se iría á sangre fria y tal sugeto que se pone algunos miles de francos al salir de casa, y que no podría perder mas sinose admitiese su firma sobre el tapete, vuelve á ella despues de haberse arruinado y de haberse comprometido mas allá quizá de los límites de su caudal.

Como para evitar mala fe en los pagos, los estatutos ordenan que el que no satisfaga sus pérdidas en un término que varia de veinte y cuatro horas á ocho dias, sea despedido del círculo y su nombre puesto á la vergüenza pública en un cuadro infamatorio, de aquí resultan tristisimos lances, en los que, como deciamos, se compromete gravemente el honor de los que no saben dominar sus pasiones.

Aunque los círculos de París, hacen gala de gran austeridad en la admision, no por eso están mejor compuestos que los de otros países en que hay menos

fiscalización. La prueba de esto es que apenas pasa año sin que se sorprenda *infraganti* á algun socio en el acto de *corregir la fortuna á la griega*. De estos escándalos los ha habido mas ó menos ruidosos en todos los casinos de París.

Hemos dicho lo difícil que es para los extranjeros el lograr ser recibidos en los círculos de París: No obstante hay algunos que fusionan con los españoles. Entre estos citaremos el casino Grammont-Saint Hubert, el cual abre sus puertas á los miembros de los principales clubs de nuestro país, con el solo requisito de venir provistos de una carta de introducción de sus presidentes. Como siempre es agradable tener un punto de reunión, creemos importante hacer conocer este detalle, que muchos ignoran.

En todos los círculos de París hay mesa redonda, cuyo precio es generalmente de 6 francos por cubierto. Las mesas de los círculos suelen ser buenas y los vinos muy escogidos.

\* \*

Por lo dicho se ve que no faltan puntos de analogía entre los círculos franceses y los casinos españoles.

Las diferencias que los distinguen son las que existen en todas las esferas de la vida entre una y otra nación.

En Francia hay mas lujo, mas confortable, mas pretensiones, y éstas son tan inherentes al carácter francés que hay un verbo en la lengua que designa el hecho de mostrarlas; *posser* tal es la palabra, la cual quiere decir darse tono é importancia, mas allá de lo que el valor individual autoriza.

En España hay mas cordialidad, mas igualdad práctica y menos cortesía.

España muestra en sus casinos que es un país esencialmente democrático.

No soy yo de los que aman esta clase de democracia, y tengo el valor de decirlo. Me gusta la franqueza pero detesto la familiaridad.

Mas no obstante defecto por defecto, creo muy superiores bajo el punto de vista social y moral los círculos españoles á los franceses, como creo mas hidalgo nuestro carácter que el suyo.

En estos detalles de la vida social solo encuentro que nos faltan las formas.

No es poco, porque en el mundo las formas tienen grande importancia.

VALLEJO MIRANDA.

París á 28 de abril de 1866.

## LA SEGUNDA VEZ.

CUENTO FANTÁSTICO.

I.

¡Cuántas veces, lector, al ver el resultado de cualquier idea tuya, contrario á tus deseos, habrás dicho: *si las cosas se hicieran dos veces!* Es decir, crees que si se pudiera andar hacia atrás en el camino de la vida, pondrías aquella idea en ejecución la segunda vez de distinto modo que lo hiciste la primera. A todos nos sucede lo mismo, y bien puede asegurarse que muy pocas personas habrá en el mundo que no hayan repetido con frecuencia esa frase.

Don Aquilino, el apellido no importa, era un hombre que á cada momento la estaba pronunciando. Su vida habia trascurrido rápida como un relámpago, y eso que habia sido una vida de sesenta años, al cabo de los cuales y de muchos disgustos se habia encontrado el pobre hombre con un pie en el sepulcro y otro en una vivienda miserable, donde todo lo que le rodeaba era un fiel retrato de su precaria situación.

No es, pues, extraño que un hombre que, como don Aquilino, se habia visto rico y halagado por todo el mundo, repitiera tanto esa frase al verse aislado enteramente en una bohardilla, sin amigos que fueran á endulzar sus amarguras, ni parientes que las amonrasen un tanto.

Don Aquilino habia llegado á la vejez, y al dirigir hacia atrás para contemplar el pasado una mirada, habia vertido una lágrima de dolor. Todas las alegrías habian huido para no volver jamás; todo se habia disipado como el humo.

Muchos amigos suyos, muchos de los que en la niñez habian jugado con él y corrido en la juventud por esa senda de placeres, corta cuanto florida, reposaban ya bajo la tierra. Los pocos que aun quedaban en el mundo, ocupaban altos puestos ó disfrutaban tranquilamente con sus familias las riquezas que mas felices que don Aquilino, se habian conquistado.

Acudió éste á aquellos de sus amigos que brillaban entonces en el mundo y que podian haberle hecho feliz para el poco tiempo que le quedaba de vida, y aquellos hombres aumentaron el número de desengaños que agobiaban el corazón del pobre viejo. Buscó despues un amparo en los que pasaban tranquilamente los últimos años de su existencia: unos no quisieron reconocer en aquel viejo harapiento al amigo de la niñez, á aquel con quien habian compartido

sus goces infantiles y sus placeres de la juventud; otros al reconocerle, le despreciaron.

Sin abrigo en su pecho una esperanza, perdidas todas las ilusiones, don Aquilino se refugió en una bohardilla á esperar que la muerte viniera para hacerle descansar. *¡Si las cosas se hicieran dos veces!* decia á cada momento. Y con esto su pena disminuía un tanto; se trasportaba en sueños á los primeros años de su existencia y el lugar de todas aquellas acciones cuyas consecuencias no habian sido agradables, lo llenaba con otras que á su parecer le hubieran elevado, por lo menos, al puesto que ocupaba el mas afortunado de sus amigos de la infancia.

II.

Una noche de invierno en que el agua corria en torrentes de unas calles á otras y el viento silbaba azotando la ventana de la desabrigada vivienda de don Aquilino, éste, hallándose sin lumbre con que recobrar el aliento cortado por el frío, y sin luz que hiciera menos triste su habitación, se metió en el lecho buscando allí el calor que fuera de él no podia encontrar.

En vano llamó al sueño para que su cabeza, casi trastornada por los pensamientos que en ella habian bullido durante el día, se tranquilizase. El ruido que hacia la lluvia al estrellarse en los vidrios de la ventana; el viento que gemia al atravesar los corredores de la casa, no le permitian reposar un instante, y el viejo continuó dando tormento á su imaginación, trayendo á la memoria, segun costumbre, mejores tiempos, para variar á placer suyo todo aquello, en lo cual creia ver la causa de sus desventuras.

Las doce sonaron en un reló lejano; el viento trajo hasta la vivienda del viejo el sonido de la campana.

Acababa don Aquilino de fingirse con todas aquellas variaciones del pasado, un presente feliz y un porvenir no menos venturoso, cuando exclamó en voz alta y apretando con ira los puños: *¡si las cosas se hicieran dos veces! ¡si yo tuviera veinte años!*

En aquel momento mismo la pared en la cual tenia don Aquilino fija su mirada en la oscuridad, se hundió produciendo un estrépito espantoso, iluminándose repentinamente la habitación con un resplandor fosfórico.

Lleno de terror el viejo cerró los temblorosos párpados, y cuando despues de un instante volvió á abrirlos para cerciorarse de si era ó no ilusión de su mente debilitada todo aquello, vió ante sus ojos rodeado por una nube que despedia un fulgor azulado y fuerte olor á azufre, á Satanás en persona con sus correspondientes alas de murciélago, sus cuernos y su rabo.

El viento silbaba entonces con mas fuerza y la lluvia caía con mas precipitación.

Como comprenderá el lector, la visita del tal personaje no era lo mas á propósito para calmar el terror del viejo, que aumentó al verse frente á frente del terrible huésped. Persignóse repetidas veces, estendió las manos con los dedos índice y pulgar en cruz y se sepultó al fin espantado entre las ropas que le prestaban abrigo.

—No temas, dijo el diablo, dulcificando todo lo posible su bronca voz, no temas. Vengo á proponerte un negocio: si te conviene aceptas, y si no yo no he de forzarte á que obres contrariando tu voluntad.

Un poco tranquilo por el tono en que le hablaba Lucifer, sacó don Aquilino la cabeza de entre las ropas; pero al fijar la vista en su interlocutor no pudo menos de cerrar atemorizado los ojos y ocultarse otra vez lleno de espanto.

—¡Cosa estraña! exclamó el diablo, no os asusto cuando me presento á vosotros disfrazado de prestamista ó de cualquier otra cosa, y al verme tal cual soy y en el traje que menos daño os hago, todos retrocedéis ante mi vista.

Y esto diciendo, soltó una carcajada satánica. El eco de aquella risa fue un trueno espantoso que hizo estremecerse á la casa desde sus cimientos. Don Aquilino estaba hecho un ovillo.

Estendió el diablo sus grandes alas negras, y desprendiéndose de las nubes que le rodeaban, tomó vuelo y fué á posarse sobre el lecho del infeliz don Aquilino. Ya allí, arrojó al suelo las ropas que cubrian al viejo, por cuya frente corria un sudor helado, y cogiéndole de un brazo le hizo incorporarse en la cama.

—¿Qué quiere usted? exclamó con tímido acento don Aquilino, en quien ya Satanás ejercia una estraña fascinación.

—¡Levántate! contestó el diablo.

Don Aquilino, como impulsado por agena fuerza, se levantó, y en paños menores como estaba, fué á sentarse temblando en una silla desvencijada, que junto á una mesa habia. El diablo bajó de la cama al suelo, al pisar el cual produjeron un ruido estraño las largas y encorvadas uñas de sus pies, plegó sus alas y se sentó tranquilamente en una lujosísima poltrona, puesta allí por un diablillo que se destacó de las nubes, que despidiendo un olor azufrado aun flotaban en la habitación. Sentado el diablo con la cabeza erguida

y una pierna sobre otra, tenia todo el aspecto de ministro.

III.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Satanás contemplo al viejo que le miraba con estupor.

—Vamos hombre, le dijo, tranquilízate y nada temas, que por desgracia no puedo hacer ninguna de las mias con las almas que no han salido de los cuerpos.

Cesó un poco á estas palabras el temblor que agitaba al desventurado don Aquilino.

—Vamos á cuentas, continuó el diablo dando á su voz la inflexión mas agradable que pudo; tú, como debes comprender, no vas á habitar mucho tiempo sobre la tierra. Si mal no recuerdo, ayer he visto escribir en mis oficinas tu pasaporte para el purgatorio.

Don Aquilino se estremeció.

—Yo sé, continuó Satanás, que tu mayor placer seria volver á los veinte años, porque crees, como la mayor parte de las gentes, que si volvieras á correr ese camino que tan deprisa has atravesado, no cometerias ninguno de los errores que has cometido.

—¡Es verdad! exclamó el viejo.

—Pues bien, si quieres que hagamos un convenio, esta misma noche lo firmamos. Yo te vuelvo á los veinte años y te doy la misma fortuna de que disponias en aquella edad. Si al llegar á la que hoy tienes te encuentras en la misma posición que hoy ocupas, tu alma será mia.

Don Aquilino dió un salto sobre la silla.

—Si has conseguido, obrando de otro modo que hasta aquí, llegar á ser lo que te figuras que serias si no hubieses hecho ciertas cosas, no tendre derecho sobre tu alma.

El viejo asustado y sorprendido de la proposición miró con salientes ojos á Satanás. No se atrevió á decir que sí ni que no.

—¿Vamos, qué dices? preguntó el diablo.

—Yo... no sé... si usted... es decir, si...

Don Aquilino se detuvo.

—Dilo pronto, porque me están esperando varios amigos en una sociedad de crédito y no puedo detenerme. Si quieres ha de ser ahora, si no, dentro de pocos dias llevarán tu cuerpo entre cuatro y tu alma irá á aumentar el número de las mias por algunos siglos.

Don Aquilino tembló de nuevo, pero quedó silencioso.

—Veo, continuó Lucifer, que no te conviene el trato. Me voy.

—Ya tendremos el gusto de vernos muy pronto.

Y esto diciendo, levantóse de la poltrona, que se hundió en el pavimento y se dispuso á volar.

—No, no, exclamó don Aquilino levantándose con agitación. No se marche usted.

El diablo sonriendo sacó no sé de dónde un pergamino en el cual se veian escritos unos caracteres raros.

—Firma aquí, dijo al viejo.

Y le presentó una pluma negra.

Don Aquilino lleno de emoción, despues de dudar un momento escribió su nombre en el pergamino. En el mismo instante se sintió desvanecido y cayó al suelo.

Satanás soltó otra carcajada que repitió tambien el eco, cogió el pergamino y levantando al viejo le trasladó á la cama. Dióle un beso en la frente, sonrió luego contemplándole y desplegando las alas tomo vuelo.

(Se continuará).

M. RAMOS Y CARRION.

## LA BOLA DE NIEVE.

¡Mirad! Un niño coge

Varios copos de nieve

Y en hacer una bola

Tranquilo se entretiene.

Mas cuando ya en sus manos

La ve formada en breve

A la vecina calle

La arroja indiferente.

A agitarla comienzan

Unos cuantos pilletes

Y gozosos la empujan

Al verla engrandecerse.

Y tanto y tanto rueda

Que al cabo se convierte

En globo gigantesco

Lo que nació juguete.

Lo mismo yo en el mundo

Tornarse vi cien veces

En horribles calumnias

Mentiras inocentes.

La imprudencia las hace,

La maldad las impele,

Y rodando se engruesan

Como bolas de nieve.

M. RAMOS Y CARRION.

## AVENTURAS Y DESGRACIAS

DE LA SEÑORA LIBARONA EN EL GRAN CHACO (AMÉRICA MERIDIONAL).

## II.

Hasta entonces el verdadero jefe de la insurrección había escapado á las pesquisas. Entonces fue preso y herido á sablazos. Cuando lo amarraban ordenó Ibarra que le apretaran bien el lazo sobre sus mismas heridas. Impusieronle el suplicio del *retobado* con relinamientos de una crueldad inaudita. Dispusieron el cuero en redondo, obligaron á Herrera á sentarse en medio y después de ponerle la cabeza entre las piernas, cosieron el cuero estrechamente apretando el cuerpo, para lo cual se sentaban encima los soldados. Cuando la bola de cuero que contenía á Herrera fue así reducida al menor volumen posible, la ataron por medio de una larga cuerda á un fogoso caballo y fue arrastrada por las calles. ¿Quién sabe en qué momento exhaló Herrera el último suspiro?

Después de ocho días, Ibarra puso en libertad á algunos presos, entre otros á mi hermano Santiago, que no había tomado la menor parte en la insurrección. Los demás fueron conducidos á un campamento lejano.

La suerte de mi esposo me tenía en la más dolorosa incertidumbre. Por fin supe que había salido del campo atado á la grupa de un caballo con un llamado Unzaga, hombre de buena familia, que le era afecto. ¿A dónde se les había llevado? ¿A la muerte ó al destierro?

Después se dijo que mi esposo había pasado á Matará, pueblecillo situado en la orilla izquierda del río Salado, y de donde Ibarra era natural. Según otros rumores, el lugar fijado para destierro de don José era el *Bracho*, nombre que se pronunciaba con espanto, y me persuadí que la primera noticia que de mi esposo llegara, sería la de su muerte.

Un día, empero, llegó misteriosamente á manos de mi hermano Santiago un papel en que don José había mal trazado estas palabras: «No dejes venir á Agustina: envíame ropa, que estoy desnudo.» Inmediatamente la preparé, y á fuerza de dinero, persuadí á un hombre de confianza llevarla á mi esposo.

Este mensajero me dijo á su vuelta que don José estaba vivo; pero que muchas veces había ya rezado el acto de contricción, creyéndose en la hora de su muerte. De distancia en distancia le bajaban del caballo, lo mismo que á su compañero Unzaga; los ataban á los árboles y les decían que iban á morir degollados ó á lanzados. Así lo había mandado Ibarra.

Cuando oí estas noticias, me encerré en mi aposento y rogué fervorosamente á Dios que me diera fuerza y resignación para soportar los sufrimientos que nos estaban reservados á mi esposo y á mí.

Yo quería partir: la vida, lejos de mi esposo me era insostenible. Un solo temor me contenía: caer en manos de los indios. Sin embargo, insistí rogando á mi hermano, á mi familia, que autorizaran mi partida, pero no pude conseguirlo.

Por entonces vino de Buenos-Aires un destacamento de tropas, y al instante fui á ver á su comandante, con objeto de interesarlo en mi desgracia; pero fue todo lo contrario. El jefe escribió á Ibarra diciéndole que si Libarona era culpable, era preciso fusilarlo. Y el monstruo aquel contestó que la muerte era castigo muy leve.

Procuré entonces buscar otras recomendaciones, únicamente para que mi esposo fuera desterrado á un punto menos espuesto á los ataques de los indios, con la esperanza de que consintiera entonces ir á su lado, á la que tenía el deber y la voluntad de no abandonarlo.

Uno de aquellos aciagos días se anunció la llegada del jefe supremo de la República, don Manuel Rosas. A pesar del horror que me inspiraba su nombre, solicité una audiencia y me fue concedida. Pero ya en su presencia, no pude articular palabra ni hacer otra cosa que llorar. Rosas preguntó:

—¿Por qué se lamenta una persona tan amable como usted?

Con esto me tranquilicé un poco y le referí mis pesares. Entonces él me prometió hacer en mi favor cuanto pudiera, y que me haría saber desde el Tucumán lo que se resolviera entre Ibarra y él. Como yo le dijera que enviara un mensajero que me trajera la noticia, Rosas me contestó que era inútil me tomara este trabajo, pues nada le costaba enviarme un soldado con la respuesta. Pero ¡ay! aun estoy esperando esa respuesta.

De vuelta á mi habitación, me dolía tanto la cabeza que tuve que meterme en cama, donde permanecí tres días. En este tiempo me ocurrió la idea de que acaso quisiera Ibarra ver humillada mi altivez, y que no accedería á nada hasta que fuera yo á postrarme á sus pies. Esta idea era odiosa: sin embargo, la consulte con mi familia, la cual resolvió negativamente, asegurando que este peligroso paso no conduciría á nada bueno. Pero ¿podía yo resignarme á no hacer nada por mi esposo? Salí, pues, de mi casa y me dirigí hacia la de Ibarra. ¡Oh! los pasos que se dan hacia el suplicio,

no son más dolorosos que los que daba yo entonces. Ibarra estaba en su puerta dispuesto á montar á caballo. Así que me vió, dijo con grosera rudeza. ¿Qué viene á hacer aquí esa mujer? Que se vaya ahora mismo. ¡Fuera de aquí! Y después de dirigirme otros apóstrofes, cuyo recuerdo me ruboriza todavía, añadió:

—Deja á ese gallego donde está, que no está mal. ¿E; que su ausencia no te deja á ti en libertad? ¿Qué diablos tienes tú que pedirme por él?

—¿Y cómo no he de venir á interceder por el amado de mi alma? dije yo deshecha en llanto.

Ibarra montó á caballo y yo di un paso hacia él.

—¡Que la echen de aquí! gritó furiosamente el gobernador.

Y chasqué el látigo tan cerca de mí, que poco faltó para azotarme la cara.

Y partí.

Yo ¡pobre de mí! me retiré abatida, llevando en mi alma la dolorosa convicción de que no había nada que esperar mientras viviera aquel monstruo.

## III.

Desde entonces ya solo tuve un pensamiento, una idea fija, un deseo único: ir á ver á mi esposo, á quien envié con este objeto muchos mensajeros. El Bracho me contestaba siempre, no es un lugar seguro para una mujer joven. Son temibles las tribus indias que recorren el país. Si cayeras en sus manos ¿cómo sufriría yo esta desgracia? Permanece allí, amada mía, ¿no eres necesaria á nuestras dos pequeñuelas?

Estas razones eran sin duda prudentes y no me convenían sin embargo: yo sentía dentro de mi alma el deber y la necesidad de arrostrar todos los peligros por mi esposo. Y tal y tanto supliqué á mi hermano Santiago, que al fin me preparó dos caballos y me permitió partir con mi hermano menor. Aun me faltaba otra autorización y se la pedí á Ibarra.

—Sí; que vaya al Bracho esa loca, á ver si cae en poder de los indios.

Esta fue su contestación.

Confíe, pues, Lucinda á mis hermanas y llevando conmigo á Elisa, que era más capaz de sufrir las fatigas del viaje, partí para el Bracho con la esperanza puesta solo en Dios. Llegué á Matará y luego me hice guiar ante el comandante Fierro. Desde esta ciudad al Bracho, tenía aun que andar un trayecto de cuarenta leguas. El comandante me dijo que no me permitiría ir más lejos si no le exhibía una orden. Le aseguré que tenía la autorización verbal de Ibarra. Fierro dudó al parecer de mi palabra, y persistió en su resolución. Si es así, le repliqué, permítame usted enviar un propio á Santiago del Estero, para que traiga esa orden por escrito, y si he faltado á la verdad impóngaseme un castigo. Fierro me separó de mi hija y de mi hermano, y me hizo guardar con centinelas de vista, en una parte oculta del bosque. El propio partió volviendo á los pocos días.

Nada se oponía ya á nuestra partida.

## IV.

Soprendido al verme mi esposo, lloró de alegría. Bien comprendió que solo la fuerza de mi cariño me había alentado á arrostrar así todo peligro y á olvidar su prohibición. Por lo demás, estaba yo tan débil que apenas podía hablarle.

Durante la noche los mosquitos y los *vinchucas* nos acometieron con tal violencia, que amanecimos con las caras horriblemente inflamadas. El alimento era también insalubre y escaso. Mi esposo me rogaba sin cesar que volviera al seno de mi familia, asegurándome que estaba mucho más atormentado desde mi llegada, por ser así testigo de las privaciones y miserias que yo sufría y tenía que sufrir en adelante.

Ocho días hacía ya que estaba cerca de mi esposo, cuando corrió la noticia de que los indios se reunían y no tardarían en acometernos. Entonces insistió con más empeño mi esposo en que me volviera á casa. Pero ¿cómo había de consentir en abandonarlo? Sin embargo, estas razones me convencieron al fin. Solo, me dijo, podré huir fácilmente; pero ¿cómo he de escaparme contigo y con nuestra hija?

Volví, pues, á Santiago del Estero; pero llevando en el fondo de mi alma la esperanza de volver otra vez á dulcificar la soledad de mi esposo.

Después de todo los indios no se presentaron en el Bracho.

Ibarra, juzgando que la suerte de mi esposo y demás proscritos no era bastante desgraciada, dió orden de internarlos más en el Chaco, á menos distancia de los indios y el paraje del desierto más infestado de mosquitos, *vinchucas* y demás insectos que viven de sangre.

Este paraje es tan malo, que mi esposo cayó desde luego en la desesperación. Concibió entonces la idea de evadirse, y deseaba tenerme á su lado. Al propósito me escribió preguntándome si quería acompañarlo en su fuga á la grupa de un caballo, en que pensaba atravesar el Chaco, procurando evitar el encuentro de los indios y de los soldados de Ibarra. Yo estaba, en verdad, temerosa y me estremecía de dolor á la idea de abandonar acaso para siempre á mis dos hijas; sin embargo, no vacilé un momento, y le contesté que es-

trañaba su duda, pues harlo sabía que solo anhelaba vivir y morir por él.

Con esto esperaba yo sin demora la orden de marchar; pero no recibía noticias ningunas. La inquietud me devoraba, y visitando sin cesar á las familias de los proscritos, supe al fin por un pariente de Unzaga que mi esposo había renunciado á su proyecto de llevarme consigo. Leyendo mi carta había exclamado con dolor. «¿Por qué abusar de esta fuerte voluntad y de de tanta ternura? Sería una crueldad esponer á mi Agustina á la muerte. No; que no venga.»

En seguida lo poseyó una profunda tristeza y cayó gravemente enfermo, encargando que no dijeran nada á su familia.

El mismo día, á pesar de las súplicas de mis parientes, salí en busca de mi esposo, y atravesando sin detenerme á Matará, penetré en el desierto.

## V.

Al entrar en la choza de mi esposo, corrí hacia él con los brazos abiertos; pero él retrocedió y me miró con fría indiferencia: su mirada era fija, su palidez cadavérica, su debilidad extrema: estaba privado de razón.

Espantada, quise hablar; pero Unzaga me hizo una seña para que callara y reprimí mis gritos, pero mi llanto no.

Con la mayor dulzura y serenidad posible dirigí algunas palabras á mi esposo, quien me respondió estravagancias.

Yo no sé cómo en aquel mismo acto no caí muerta de dolor.

La enfermedad había comenzado por una fiebre, según me dijo Unzaga. «Yo, decía este buen amigo, veía siempre cerca de él, menos cuando me era preciso salir á buscar algún alimento. Me había obligado á jurarle que no avisara á usted su estado, y yo que tanto le debo, no podía menos de cumplir sus órdenes. Por otra parte yo estaba lejos de suponer que estuviera en peligro de muerte ni de demencia.»

Yo estaba aterrada. Mis días y mis noches debían ya pasar entre angustias y lágrimas. La fiebre de mi esposo no se calmaba, y aunque con dificultad pude mandar un propio á Santiago del Estero para traer á cualquier precio un médico. Pero los médicos todos rehusaron hacer aquel peligroso viaje, enviándome solo algunas recetas y medicamentos. Yo hubiera querido ir á suplicarles de rodillas que viniera en caridad alguno de ellos; pero ¿cómo abandonar á mi infeliz esposo, que podía morir durante mi ausencia?

Un día, á pesar de la resistencia de mi pobre de mente, procuraba yo darle un baño y quería luego envolverlo en una manta para resguardarlo del viento, bajo nuestra cabaña cubierta de yerba y sostenida por cuatro estacas, cuando entró precipitadamente una india diciendo que los indios distaban apenas cinco leguas. Era preciso huir, y tuve que arrastrar á mi enfermo al bosque en medio de un remolino de viento de violencia extrema. Los habitantes de las otras cabañas hacían otro tanto; pero se trataba de huir más lejos. Ofrecí una gruesa suma para comprar dos caballos, pero no pude obtener más que uno. En él coloqué á mi esposo y para sostenerlo encima, monté yo á la grupa: solo que en esta posición no podía dirigirlo y el animal andaba á su capricho. Unzaga se sentía muy malo para acompañarnos.

Muy luego entramos en un sendero tan estrecho que las ramas de los espinosos árboles desgarraron mi vestido, y á cada paso nos veíamos espuestos á herirnos ó á caer. Yo me desesperaba por no saber guiar el caballo. No había aprendido la equitación, pues cuando en mis días dichosos mis padres me llevaban á nuestra quinta, era siempre en carruaje.

Cuando vino la noche hice bajar á mi esposo, y me senté cerca de él sin poder dormir. El pobre enfermo sufría cruelmente.

El día siguiente uno de los fugitivos me dijo que no había ya nada que temer por parte de los indios y volvimos á nuestra cabaña.

Otra vez envié á Santiago del Estero por un médico, pero el encargado solo me trajo la recomendación de bañar al enfermo muchas veces al día. Con esta idea logré fabricar un baño de cuero y por fortuna no faltaba el agua. Pero de repente Ibarra mandó llevarnos aun más lejos en el Gran Chaco, y muy luego nos condujeron á un paraje falto completamente de agua, pues distaba de allí lo menos cuatro leguas. Desde entonces tenía que ir yo misma á tan larga distancia á traer lo que nos era indispensable. En mi camino de amargura, me abrasaba el sol y me devoraban los insectos, y la fatiga, las privaciones y sobre todo el dolor me aniquilaban por instantes.

¡Hombre cruel, bárbaro, feroz mas que las fieras! infame Ibarra ¿crees que Dios no midió en su misericordia la inmensidad de nuestro dolor y que en su justicia se ha de olvidar de tu castigo?

## VI.

Sucedía con frecuencia que cuando quería meter á mi esposo en el baño, se enfurecía el infeliz y me arañaba y aun me mordía. Una vez me desmayé. Cuando

ANTAÑO Y OGAÑO



Así á las diez de la noche, andaba en Madrid la gente por la plazuela de Oriente.

Así andamos en el día, y aun quien murmure no falta del gas y la policía.

lograba meterlo en el baño, aprovechaba un descuido y se escapaba empeorándose así cada vez más. De modo que no tenía yo más alivio en mi horrible desventura que Dios y mis lágrimas.

Los soldados también venían de vez en cuando á exigir de mi esposo servicios imposibles: pero esto era más bien imponerme á mí una contribución indirecta.

Para protegernos algo más contra el viento y la lluvia, hice reemplazar la miserable cabaña por un rancho. Pero me denunciaron por este delito y el comandante Fierro escribió á Ibarra diciéndole que vi-

víamos con lujo. Ciertamente; con todo el lujo de la desgracia. Algunos días después llegó otra orden para internarnos más. Los soldados nos echaron delante y nos abandonaron luego á la sombra de un árbol en otro paraje del desierto, donde permanecemos quince días á la inclemencia.

Una mujer caritativa de las cercanías nos dió un poco de trigo y de maíz. Aun me quedaba dinero y con él pude lograr que me hicieran otro rancho, aunque fue muy difícil encontrar trabajadores en la indolente población de aquella localidad. Adquirí también una mi-

serable cama para mi esposo, y después de pagar el silencio de uno de los soldados, le quité los hierros que le habían puesto en los pies.

(Se continuará.)

M. M.

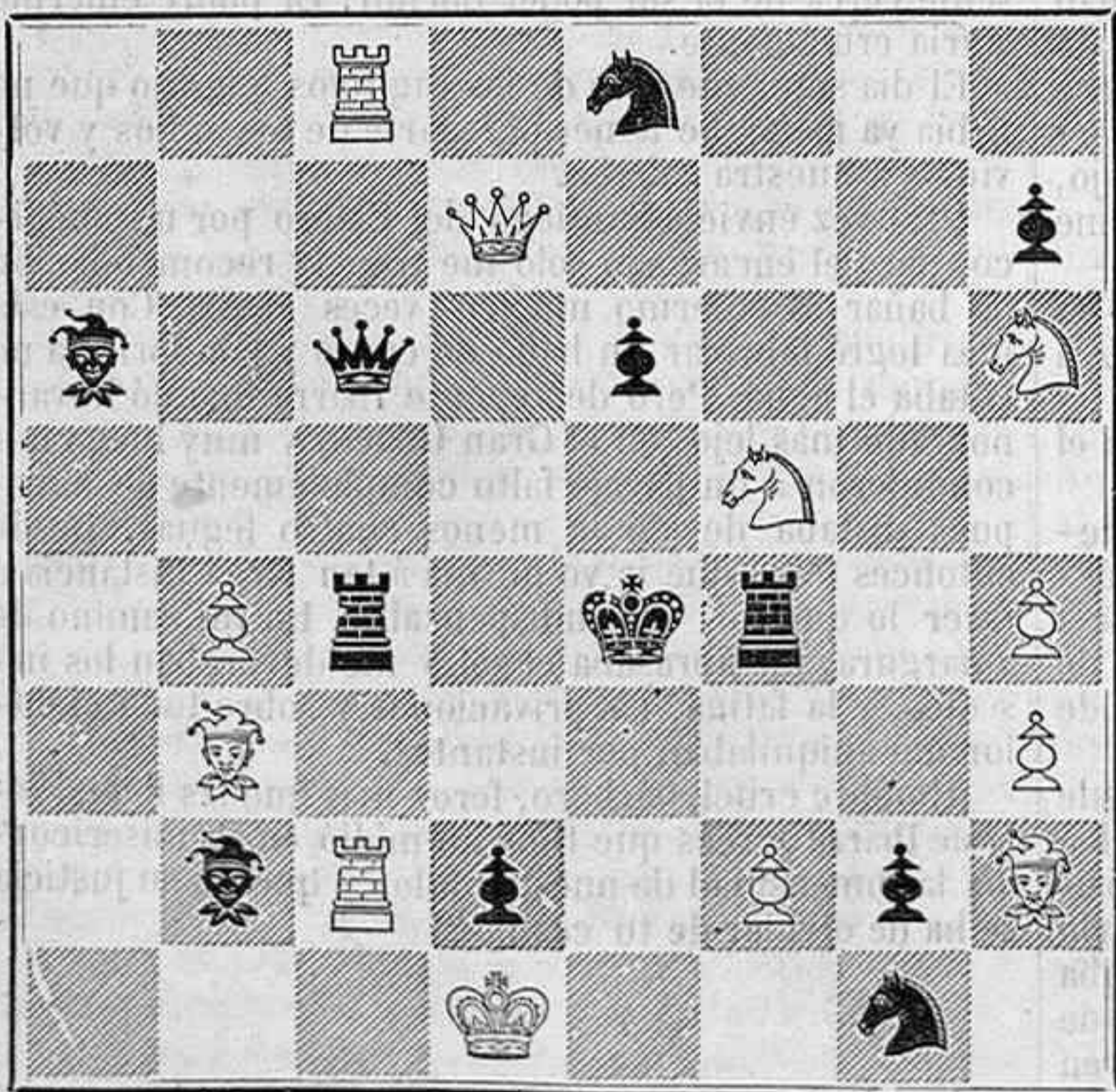
JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 56.

DEDICADO A SU AMIGO DON MATEO ZAMORA,

POR DON J. MARQUEZ DE BURGOS (DE ALMERÍA.)

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN TRES JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 55.

- |                                 |                                 |
|---------------------------------|---------------------------------|
| Blancos.                        | Negros.                         |
| 1. <sup>a</sup> D 5 C D jaq.    | 1. <sup>a</sup> T t D (A)       |
| 2. <sup>a</sup> A 4 D           | 2. <sup>a</sup> C t A (1)       |
| 3. <sup>a</sup> C 8 R           | 3. <sup>a</sup> T 6 A D ó C 2 D |
| 4. <sup>a</sup> R 8 ó 7 A D     | 4. <sup>a</sup> Cualquiera.     |
| 5. <sup>a</sup> C 8 D jaq. mat. |                                 |

(A)

- |                                   |                       |
|-----------------------------------|-----------------------|
| 1. <sup>a</sup> . . . . .         | 1. <sup>a</sup> R T C |
| 2. <sup>a</sup> D 7 A R jaq. mat. |                       |

(1)

- |                                 |                         |
|---------------------------------|-------------------------|
| 1. <sup>a</sup> . . . . .       | 2. <sup>a</sup> C 5 T R |
| 2. <sup>a</sup> . . . . .       | 3. <sup>a</sup> R 5 D   |
| 3. <sup>a</sup> C 5 A D jaq.    |                         |
| 4. <sup>a</sup> C 6 P jaq. mat. |                         |

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores M. Larroux y Lara, R. Canedo, C. Valdespino, G. Dominguez, E. Castro, J. Oller, J. Alba, D. Garcia, B. Garcés, J. Iglesias, de Madrid — M. Campá Porta, de Vich.

Las demás soluciones recibidas son inexactas.

PROBLEMA NUM. XXIX.

POR DON M. FONTANA (DE LORCA.)

- |          |         |
|----------|---------|
| Blancos. | Negros. |
| R 6 A D  | R 5 R   |
| T 7 R    | P 6 A D |
| C 6 R    | P 6 C R |
| P 2 A D  |         |
| P 2 C R  |         |
| P 5 T R  |         |

Los blancos dan mate en tres jugadas.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Por los codos el que miente á la postre se resiente.



La solución de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR. IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.

pr  
en  
Bi  
ha  
tic  
lo  
ter  
la  
Lo  
der  
par  
un  
po  
en  
r  
nes  
za  
la  
dos  
me  
cu